

**CARRERA DEL FRUTO**, JUAN CARLOS RECHE, Ed. Pre-Textos, Valencia, 2006.  
**ADIÓS A LA ÉPOCA DE LOS GRANDES CARACTERES**, ABRAHAM GRAGERA, Ed. Pre-Textos, Valencia, 2005.

Yo. “Yo” -¿yo mismo, carne, huesos, pasado, presente, posibilidad de futuro- o “yo” -yo escrito, pronombre personal, conjugando verbos, la palabra “yo”? ¿Yo o yo?

La cuestión no es saber si la poesía -como género- es ficcional o autobiográfica. La cuestión no es saber si el “yo” que dice “yo” es ese “yo” que dice. Las personas no son solamente palabras y, en este sentido, toda la poesía es siempre ficcional. La realidad es demasiado grande y no hay palabras que no la tomen como referente y, en este sentido, toda la poesía es siempre autobiográfica. La cuestión es saber cuál es el límite de cada uno de los “yoes” que componen la poesía, dónde se separan, dónde se encuentran o, simplificando, quiénes son.

Las paredes no pueden decir “yo”, las mesas no pueden decir “yo”, las personas y los libros pueden decir y dicen “yo”. Y éste es el caso de *Carrera del fruto*, de Juan Carlos Reche, y de *Adiós a la época de los grandes caracteres*, de Abraham Gragera. Como dos contemporáneos que se cruzan en una esquina, como en el poema de Ruy Belo:

“Cruzamos nuestros ojos en alguna esquina  
nos dimos cívicamente los buenos días:  
ya verás, nos van a llamar contemporáneos”

La identidad de cada libro se construye verso a verso, con todos los significados que hay dentro de cada palabra. Como los contemporáneos, existen elementos que comparten y elementos que los separan.

Cuando *Carrera del fruto* dice “yo”, nos habla de “más allá de la poesía”, nos habla de cuando el poema termine con la palabra “nombre”, en un poema que termina con la palabra “nombre”. *Adiós a la época de los grandes caracteres* dice: “Ah la realidad/ no se puede// permanecer en ella ni intentar// ir más lejos”. El poema, desde su interior, apunta hacia fuera de sí o, mejor, llama hacia su interior a todo el mundo que lo rodea, abre una entrada en la compuerta de sus fronteras. Es también así como las personas se relacionan con la muerte. Como en el último poema de *Carrera del fruto*: “Nada morirá el día que yo muera/ salvo una combinación de equilibrio,/ sin más explicaciones.” Ésta es una “esquina” en que los dos libros se cruzan. *Adiós a la época de los grandes caracteres* dice: “Me sobreviviréis/ sin excepción, objetos:/ lámparas, llaves, vasos,/ cuartillas, ceniceros”. Y, cuando dice “yo”, dice: “Mi amor por ti compite con tu amor por todo// Pero si no te amo no puedo estar en todo”. Y, una vez más, se cruzan, *Carrera del fruto*, en un poema corto, pregunta: “¿De qué plenitud eres,/ mi pequeña,/ el átomo más bello?”

Y se apartan cuando uno dice: “el ojo”; cuando el otro dice: “el oído”. Y se acercan en el despojamiento absoluto de aquello que no es esencial, en las palabras limpias que, dentro del mundo cotidiano, reclaman otro mundo para su interior, “más allá”. “Cuando la física admita su ternura”, “en un país cuya lengua distingue entre bailar solo/ y bailar contigo”, tal vez el *Adiós a la época de los grandes caracteres* pueda ser un bienvenidos a la “Pequeña pormenografía íntima”.

Sólo los libros, como las personas, dicen “yo”. Pero no tengo la certeza de ser capaz de presentar libros. Es más fácil presentar personas: se dice el nombre, se señala a la persona y ya está. Apuntamos hacia una expresión, que puede ser una sonrisa,

apuntamos a alguien que dice: encantado de conocerle. Y queda una incógnita que podrá, o no, ser descubierta. A lo mejor, presentar libros es también así. Hablamos sobre el libro, como si sonriéramos, recomendamos el libro, como diciendo: encantado de conocerle; pero lo que realmente presentamos permanece siempre una incógnita que los otros sólo podrán descubrir con la lectura. Las palabras son el rostro de los libros. Las personas existen por detrás de los rostros, los libros existen por detrás de las palabras. No sé si soy capaz de presentar libros. Yo sólo quería decir que me encantó leerlos, sólo quería decir que fue importante para mí. Pero no sé cómo decir verdades tan simples. Me encantó leer estos libros. Leer estos libros fue muy importante para mí. Pero no sé si soy capaz de presentarlos. Me queda esperar que sea suficiente decir su nombre, su título –*Carrera del fruto, Adiós a la época de los grandes caracteres*- apuntar a sus rostros, y esperar que otros rostros, los lectores, los que leen y dan sentido, les extiendan la mano y digan, con la misma simplicidad: encantado de conocerlos.

JOSÉ LUÍS PEIXOTO